

La huida del mundo en el mundo mismo

Para Peter Sloterdijk, el hombre es el animal que no puede irse. Quizás por eso huye. No necesariamente para llegar a otro lugar, sino para escapar, aunque sea momentáneamente, del estado en que se encuentra. La historia de la civilización podría entenderse también como la historia de esas huidas: desplazamientos, transformaciones, búsquedas espirituales, invenciones, viajes, religiones, arte.

Este distanciamiento ha tomado muchas veces la forma del heroísmo. El hombre se aparta para poder mirar. El que se retira de la tribu y la observa desde lejos adquiere, precisamente por la distancia, una posibilidad nueva de comprenderla. Escaparse, huir, tomar distancia no serían entonces anomalías, sino necesidades inherentes al proceso de humanización.

Lo interesante de Sloterdijk es que no parece lamentar simplemente la desaparición de los antiguos albergues metafísicos. En el mundo contemporáneo, las grandes religiones ya no tienen para muchos la misma capacidad de ofrecer un lugar de refugio. Pero la necesidad de salir permanece. Aparece entonces en otros lugares: en el psicoanálisis, en las drogas, en las sectas, en la naturaleza, en los viajes, en la música, en el arte, en todo aquello que permite modificar por un momento nuestra relación con el mundo.

La pregunta es: ¿hacia dónde huir? Como dice el pensador ...El hombre es más sabio cuando desconoce a donde lo conduce el Camino.

Sloterdijk propone algo que me interesa especialmente: **huir del mundo en el mundo mismo**. No inventar otro mundo para escapar de este, sino encontrar dentro de este mismo mundo posibilidades de transformación. La huida deja de ser una fuga y se convierte en movimiento.

Quizás ahí esté la diferencia entre el escapismo y la transformación. Escapar es querer abandonar una realidad que nos resulta insoportable. Transformarse es aceptar que esa realidad puede ser atravesada de otra manera.

El movimiento no tiene necesariamente una dirección. No se trata de correr hacia una meta ni de consumir las últimas fórmulas del *soul searching*. Se parece más al movimiento dentro de un laberinto: avanzar, retroceder, perderse, encontrar una salida provisional, volver a entrar. Como Ariadna desenredando su hilo. No hay necesariamente una verdad al final del recorrido.

Por eso la incertidumbre deja de ser un enemigo. Quizás haya que aprender a convivir con ella. También en el arte. También en la vida.

Pienso en Kafka, en las *Orestíadas*, en Castaneda y en sus transformaciones de los estados de conciencia. Pienso en la alquimia, donde la materia nunca permanece idéntica a sí misma. Pienso en el lenguaje preverbal, en aquello que ocurre antes de que una experiencia pueda convertirse en una frase. Hay algo que atraviesa todos estos territorios: la transformación como proceso y no como resultado.

Esta idea de proceso ha acompañado también mi trabajo. La mezcla de materiales, el bricolaje, el intercambio de imágenes y palabras, los viajes, las romerías, las crónicas, los desvíos y los encuentros forman parte de una misma lógica. Nunca me ha interesado demasiado la obra como objeto terminado. Me interesa más aquello que está ocurriendo entre una cosa y otra.

Quizás por eso el desierto ha aparecido tantas veces.

El desierto tiene algo de campo cero. Es un lugar donde parece haberse suspendido todo: la historia, el ruido, las referencias. Pero precisamente por eso puede convertirse en un lugar de comienzo. Un lugar de tránsito.

Recuerdo un cuadro de 1991 que llamé *Desierto* —o quizás *ZERO*. Era una superficie geométrica, de ocre y grafismos, donde aparecían los símbolos de las tres religiones que entonces ocupaban mi atención: la hebrea, la católica y la musulmana. Entre ellos había signos alquímicos y, abajo, la palabra ZERO.

Muchos años después volví al desierto desde otra perspectiva. Aparecieron el Bosco, Goya, los monjes, los ermitaños, los estilistas. Apareció *El Prado*, de Juan Mosco, y apareció también Siria. Recuerdo haber dejado flores y unos gajos de ajo junto a la columna de Simeón el Estilita, como un pequeño homenaje silencioso a aquel hombre que había decidido vivir sobre una columna para no volver a bajar.

Hoy me interesa pensar que aquel desierto no era necesariamente un lugar para escapar del mundo. Podía ser justamente lo contrario: un lugar para encontrar otra manera de estar en él.

Tal vez por eso la idea de Sloterdijk me resulta cercana. La huida hacia adelante no tiene por qué conducir a ninguna parte. Puede ser simplemente la posibilidad de seguir transformándose. Como dice algún pensador... El hombre nunca es más sabio que cuando desconoce a donde lo lleva el Camino.

No se trata de encontrar la salida definitiva. Quizás no exista.

Se trata de aprender a vivir entre salidas.

El desierto se convierte entonces en océano, y el océano en una sucesión de islas. Se pasa de una a otra sin saber cuál será la última. Cada isla puede ser una forma provisional de conocimiento, una cápsula de experiencia: una pintura, una música, un viaje, una lectura, una conversación, un estado de conciencia.

Pero también existe el peligro de convertir esas cápsulas en nuevos refugios. La música puede aislarnos del mundo. Los auriculares pueden crear un pequeño desierto privado. El arte puede convertirse en otra forma de anestesia. La espiritualidad puede convertirse en consumo. La búsqueda de transformación puede terminar siendo simplemente otra rutina.

Por eso me interesa más la transformación que la llegada.

No creo demasiado en la necesidad de alcanzar una verdad definitiva. Me interesa más la posibilidad de cambiar la percepción, de modificar la relación con aquello que llamamos realidad.

Quizás la realidad sea menos una cosa que una posibilidad.

Y quizás el hombre, esa “bestia polivalente” de la que habla Sloterdijk, esté condenado —o destinado— a vivir entre posibilidades.

Ahí aparece nuevamente el personaje heroico. No el héroe que vence porque conoce el camino, sino aquel que se pone de pie cuando todavía no sabe hacia dónde caminar. El que, a pesar de lo incierto del terreno y de lo informe de su procedencia, consigue modificar su relación con aquello que le ha tocado vivir.

Un superhombre, quizás, pero despojado de su pedestal.

Un hombre que no conquista el mundo: **lo vuelve a inventar mientras lo atraviesa.**

Y entonces la huida deja de ser negación de la vida.

Puede convertirse en una afirmación de la vida desde la vida misma.